



KIWI WOKE

CARLOS JIMÉNEZ

ARRIBAS POESÍA

Algunos de estos poemas de entre libros se publicaron en revistas a las que agradezco que me abrieran sus páginas: *Fábula*, *Perenquén*, *Alba de América*, *Sibila*, *Piedra y Cielo*, *Vulcane*, *Paralelo Sur*, *El coloquio de los perros* y *Galerna*.

CJA, setiembre de 2022

I

KIWI WOKE

*Halló en el mundo afuera como realidad lo
que en el mundo adentro era posible.*

James Joyce, *Ulises*

LA VIRGEN NIÑA DE ZURBARÁN

*The terror of all terrors that I bore
The Heavens in my womb.*

Para Pedro Sánchez Sanz

Niña hacia adentro, tu oscura paz no mece el día ni ambiciona el ámbito. Tú no te apoyas en la silla de espadaña ni tienes la mano puesta en una llaga del evangelio, pura anacronía pues, ¿cómo olvidar el punto exacto de la historia en el que tú serás la visitada madre, cuando tu cuerpo albergue la engendrada luz de tu desgarró, y el hijo al fin te desconozca, reniegue de ti en la vida y en la muerte? Niña, tú no meditas si cierras los ojos es para no ver detrás de ti tanta certeza, la ya florecida rosa de tu vientre, niña en cabello, ese cajón abierto del que ha escapado una paloma.

RETRATO DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ (CON NIÑOS)

Para Andrés Sánchez Robayna

Yo soy vieja. Y ese señor que ríe junto a mí como un cadáver exquisito no es más viejo que yo. Yo soy vieja, y el ángel que me guarda las espaldas sólo suma más edad a mis edades. Mirad mi mano: mi mano es vieja, todos somos viejos en lo blanco, en lo fatal. Mi mano es vieja en el fulgor de mi vestido, y yo soy vieja entre las risas que han tomado nuestra casa.

PASIÓN DE HOPPER

¿Se va a acostar? ¿O se levanta? Y ese abandono de los hombros, ¿es toda su firmeza? No dice qué se escapa asido entre las manos. Entre el vacío de las formas, bajo una luz que puede ser la noche, el día, la habitación no gira en torno. Es la deriva occipital del pensamiento, la anatomización de la pregunta: ¿se va a acostar? ¿O se levanta?

MIL NOVECIENTOS TREINTA Y NUEVE

Fotografía anónima

Míralo: está de pie y va a morir en cuanto tú cierres los ojos. La angustia vertical de los fusilamientos, el plano erguido entre su pecho y la pared que forma el pelotón, culmina en vértice sobre la voz de mando. Los montes a lo lejos multiplican la detonación, hacen audible hoy el disparo. Míralo bien, la tierra espera el gesto fiel de los injustos: que el capitán pronuncie una palabra; que el humo gris de los fusiles borre el horizonte; que tú cierres los ojos.

SIEMPREVIVAS

nakedness is what one means

Charles Olson

Mi desnudez es lo que significo en esta página desnuda de ficción, no por eso más cierta. Mi cuerpo es lo que me literaliza, me acerca a cada paso a su tenor. Levanto mi canción cada mañana junto al árbol, y el árbol me desmiente: la desnudez está en las hojas, y el solo hecho de caer hasta mí mismo tiene tanto de real como de espacio de lo imaginario. Cuerpo invertido en la ficción, autobiográfica mudez del gesto. Me busco, cuerpo adentro, entre la música y la paz, sobre las siemprevivas de la letra. Hoy es verdad este poema, esta celebración en el umbral de lo que existe, no creo yo a la mano que me traza en el papel ni a la que en la mirada me acrecienta. Vivo donde otra mano copia cadenciosas sombras de mis ojos y en un alarde hace surgir el vano infranqueable de otra boca. No escribo sobre el tiempo o desde el tiempo, sino dentro de mi voz, al ser sujeto.

LOBO Y MEDIO

Donde el paisaje empieza, el mundo ha de crujir bajo la planta de lo imaginario, y un lobo huye perseguido por el lobo de su sombra. Yo soy el dueño de este espacio que la nieve aún no ha abandonado, un reino cierto a fuerza de negar la incertidumbre; sin otra fe que su secuencia, sin otra voz. No suena la llamada en la interior albúmina del hueso; es la palabra lo que estalla en calcificación desde mi tímpano. Los ojos amarillos de los lobos me reflejan en su miedo: un hombre inmenso, un hombre hecho de páramos sin luna y soledades, les dispara siempre lobo y medio por delante de su cuerpo. Y ese lobo fugaz que nunca llega a lobo es lobo siempre.

LA INMINENCIA

Alguien juega con una pelota en el piso de arriba. Siento primero el golpe, la inminencia. Luego la percusión intermitente de ese fruto que cayó del árbol y que al árbol vuelve en anticipación de tramos cada vez más cortos, menos verticales, hasta que suelo y techo se confunden, son uno en la conciencia. El espacio en el que vivo es frágil, como un cubo de cristal es frágil, transparente. Lo asedia el tacto.

KIWI WOKE

Concebir el mundo como un fruto de constante entraña que germina en la boca con la pelusa del conocimiento. Pensar que quien arrasa bosques difumina su conciencia. Y así, sobre la flor del hueso, pulpa majada de la soledad que la ciudad desmiente, bajo la sombra inerme que sembró el antípoda, tener temblores y vivir dos veces en la luz, en la sazón del almirez, en la amenaza de la fruta.

EJIDOS

En las afueras de mi voz, mi boca embiste, en los ejidos de mi pensamiento.
Allí crece el poema hasta ser cuerpo en esta piel profética de la costumbre.
Donde las alas son la dimensión, el ojo vuelca el agua de mi sed sobre otro
abismo, y la fe se hace sensible en sus razones. Más cierto en lo que callo,
en las afueras de mi voz, que en lo que digo, doy forma con la boca a lo que
 nombro, y un poco más de mundo me sustenta.

OFRENDA

El tiempo es ya propicio en lo que ofrece. Con las cenizas de un muerto a mis espaldas, comienzo a andar por una carretera apenas discernible entre la niebla de la noche. Los coches que me cruzo me devuelven por unos instantes mi figura, dos bultos negros que se siguen en la luz, que se suceden. Desde la oscuridad, los perros ladran, delimitan con el eco mi contorno, forma de lobo amable si la niebla esculpe en pánico su forma. Han recorrido otros caminos con más luna estas cenizas, otros atardeceres con más cielo en la conciencia de otro caminante. Pero la realidad se hace visión del aire sin la tierra, y es tiempo de esparcir lo que ha vivido en formas arbitrarias. Cae la ceniza como cae el alba hacia su encuentro, un alba fría; y en la naturaleza al fin propicia, es tiempo de volver sin tropezar ni con el peso ni con la mudez, dejando el miedo atrás como otro bulto más que no me sigue, como ceniza que no he visto arder y es sólo un símbolo en la niebla.

LAS CONDICIONES DEL REGRESO

Me crecieron alas en los pies, y la verdad borró el camino, cada paso que daba huía de la suplantación con cada paso ajeno. Así asumí las condiciones del regreso: no confundir nunca el sendero de la necesidad con el racimo de veredas que es la nieve inédita del mundo; no coronar la cima por la ruta del equilibrista haciendo de la altura el cauce lícito del miedo. Libre por fin de toda ascesis, era feliz en las bifurcaciones. Iba tan solo hacia mí mismo.

VISIÓN DE LANZAROTE

Se educa el ojo en la contemplación de un mundo muy distinto. Y enfrente el mar en su abundancia. Se piensa que es posible perforar la piel con la mirada, hallar las capas más secretas de erosión ladera adentro. Un río no visible fluye en esta tierra, orden de un tiempo que la luz goza en sus límites. Aquí crepita el vino en el bancal, hay sal que espera la blancura en un crisol de arena, y polvo puesto en pie como si fuera un hombre. El ojo suma, sigue, crece en lo que estrena. Y pasa un pájaro.

ANTÍFONA

Homenaje a Juan Carlos Mestre

El ruiseñor huye en el canto. La urgencia de su fe lo vuelca en la floresta. Y es imposible verlo entre los árboles. Huye de lo visible en el verdor, la espuma lo arrebatada así en la luz que prende la raíz y sube por el tronco hasta ser voz y árbol más alto. Solo la lluvia y su plumada se suceden con la naturalidad de cada una de sus notas, anhelo inverso hasta la sed sin huecos de la tierra. Se sabe que hay un árbol por el canto, la ramificación del roble hasta sí mismo en la garganta halla su médula, no en el idioma. El pájaro sin voz en la espesura, alado es claridad y canto ajeno, eleva el árbol tras de sí y se deja ir en el aire hasta otra luz, hasta otra audiencia sin ruiseñor, que huye en el canto.

CAPADOCIA

Ni la vejez de las montañas, ni la secreta juventud del álamo: soy lo que crece entre el paisaje y la limitación de un cielo ardido en plenitud de simas, celebrado en círculos. Soy ser sin sed de cavidades, dioses, bóvedas, en esta tierra en la que el aire es de los pájaros. Soy piel ciega del agua evaporada y, en un descuido de la luz, soy sombra entre los surcos negros. El horizonte sólo puede ser un subrayado de sí mismo, todo mi espacio así sembrado, tiempo que cruje bajo el ojo y su mitad despierta, su otra mitad: esta es mi tierra sin ser mía y yo soy suyo sin saberlo.

BAUTISTA

De aquel poeta vi colgando su cabeza cuando sobrevolábamos a más de diez mil metros el Atlántico. Tumbado así, ocupaba los asientos de toda una fila, y esa fue su trasgresión: un cuerpo que se extiende en el lugar vacío de otros no menos ausentes. Pensé en un Juan Bautista al ver su barba y su melena, en Salomé, vestida de azafata, que le lleva su cabeza al comandante en un plato de plástico, pues cada tiempo pone precio a su verdad, y a su metal precioso, tiempo que lo menosprecie. Pensé en el nombre de todos los bautizados, en mi propio nombre mientras iba haciendo esos al servicio, otro Bautista improvisado a más de diez mil metros por encima del Atlántico, mi mal de altura transformado en ebriedad, mi orina, en el agua dorada que nimba la Tierra. A aquella altura vi los Andes imaginados ya, tocados con los dedos, formas que llegaron antes que nosotros, nos sepultarán, y le darán nuevas de nuestra desaparición al infinito, nieve que ha caído y es materia de los mapas, luz, altas montañas. Vi los Andes a través del fuselaje, el antifaz para dormir, las ganas locas de ver cosas en los sueños. Vi los Andes con la nitidez intensa de lo imaginado. Y luego, al despertar, soñé que vi los Andes otra vez. Y vi los Andes.

LA URRACA

En la terraza está la urraca. Y unos metros a su izquierda hay un balón sin aire. La luz concede el don común, pero, en su resistencia a la mirada, algo secreto y animal goza del fuero de la sombra. Lo blanco es negro en esa urraca que construye con su vuelo su volumen: frente a la forma inflada está la realidad, la fe que en su renuncia asume la parábola imposible del color, la altura del deseo en la extensión de la memoria.

PARAPOÉTICA O AERODINAMIA

Una poesía tersa y necesaria, libre de todo lastre, como un delfín que hiciera de su forma el ejercicio de su cuerpo y fuera más azul que el mar; más veloz que el trasatlántico.

CENTAURO

How can we know the dancer from the dance?

W. B. Yeats

Absortos en la luz que tú esculpías no pudimos precisar en qué momento amenazaste con parar la rueda de los brazos y el tambor de los tobillos para arder en la conflagración que diera paso a un gran silencio. Luego llegó la leve inclinación de tu cabeza sobre el torso liberado y comprendimos que eras otra vez el bailarín y habías sido, en el fragor del vértigo, la danza.

CABALLO

Cabalgo en el pasado y no te encuentro, caballo de mil patas que has pisado en paz el mundo. Ni el asno asustadizo amigo de la bicicleta, ni el potro preparado en carne y flor para la muerte daban fe de tu existencia. Ni la mujer cuando ofrecía y arqueaba grupa y tiempo. Eras el fiero don de lo visible y te sobrevolabas al galope en duración sobre la tierra. Mi voz creció en el eco de tu crin. Mi espacio fue ese barro fiel al que los cascos daban forma. Mi cuerpo, un cuerpo y su mitad en estampida. Cabalgo en el que fui, caballo, y no te encuentro. Y sólo soy de la velocidad tu humana cara, la espuma que te sigue sin la dicha de montarte.

NEVADA

Yo te oí, perro, siempre

J. R. J.

No nieva en la ciudad, es sólo la añoranza de la nieve. Es la contradicción, el copo que no cae y es copo que se eleva, aparición del mundo antes de ser pautado en blanco y negro por los ojos. Todo lo mira el perro masticando sin mirar lo que es la nieve, algo fuera de él que escapa en la respiración y no alimenta. No es nieve lo que sube en ráfagas desde la tierra o nieve lo que baja desde el cielo. Hubo quien levantó nevadas de papel del suelo al aire y no supo pesar la nieve en sus fragmentos, sólo verificable en quien la pisa. En la fascinación del perro por la nieve, blanca y no blanca, impura como luz que ya no es luz desde lo alto. Y un perro que es ya muchos perros sin saber si el agua le llega a la boca o mana de su frente. No hay unidad del perro sin la nieve, sin esa red que teje el agua en sus extremos. No le fascina al perro lo que cae, sino la huella de una mano que no encuentra; la mano que recoge el excremento y niega altura y dimensión al tacto. El perro es aire ya. Cae un agua lustral que fuera blanca. Y la nieve está en los montes.

FÁBULA RETROSPECTIVA DE SU MATRIMONIO

Fassbinder

Nuestra conciencia cojea detrás de la realidad. O bien anda impedida por la pierna atroz del grito, algo que siempre escucha tarde el testimonio de la voz y fuerza su resorte a ser tan sólo un eco insuficiente. Problemas de conciencia. Entre la luz y el sueño, el movimiento es lo soñado de una pierna antes de adelantarse a la cadera, antes de flexionar el pliegue del espacio en la extensión del tiempo. O era al revés, y una mujer decía que ella iba por delante –en hora altiva– de la realidad y se curaba su *platz angst* en los vapores del alcohol, nunca en la copa misma, fiel en el acto de volar alimentando un vicio que ha heredado tarde y la ha llevado lejos. Y fiel al fin al tiempo y a sí misma.

EL AUTOR

Seguí las instrucciones: me disolví en el agua después de las comidas y fui expulsado a la mañana siguiente en forma sólida, abreviada, compacta.

LA OBRA

Por fin, abrió los ojos, volvió a su posición erecta, y, satisfecho, vio en su lugar aquel muñeco marrón que le miraba sin comprender desde la tierra.

MANADA

Dejad al unicejo, algún día escapará al axioma que ensombrece su mirada. No le digáis lindezas al expósito, tuvo bastante con el dedo que buscaba su mentón dentro del cesto. Y al fugitivo, a quien le espera, dejadles con su poco de vapor en los espejos. Fuimos los que cruzamos la barrera del sonido con gran riesgo para nuestros cuerpos. Poco importaba qué metal o qué mirada combustíamos. El objetivo era dejar constancia sólo de nuestro gesto. Valió la pena dar la vida por perdida, reconocer que era el exceso lo que separaba al ínclito de su mediocridad, darle su crédito al artista que quemó toda su obra en un intento fatal de excelsitud, alzar la copa por los muertos sin gloria ni epitafio.

QUÉDATE AHÍ SENTADO

Quédate ahí sentado para siempre. Ponte ese mono azul todos los días de tu vida. Mírame por encima de las gafas. Finge que no te reconoces. Mueve despacio la cabeza. Mueve despacio la cabeza. Enséñame otra vez a manejar un cascanueces. Dime que no vuelva a robar ni a ser soberbio. Sé ecuánime conmigo, padre, sé paciente, y, por favor , no te avergüences de mí cuando te digan que he escrito este poema.

LA VOZ

Juan de la Cruz, ¿qué hacías la otra noche por los porches? ¿No te tengo dicho que no quiero volver a verte hablando con las plantas? Anda, vuelve a tu celda, sigue dejando allí grafitos sobre la cal de las paredes, llora mientras traduces a otros dioses, eres la voz de mi venganza, Juan de la Cruz, no me defraudes.

TIRANÍA DEL FRUTO

Julia Valiente

1

No supe de la mano por el fruto o la pasión, sino por la paciencia con que alzaba hasta mi boca lo más tierno. Y así se abría a lo que, oscuro, reconoce con la lengua fiel más pulpa. No fui secuencia de la luz en lo que aunaba, sino la fragua sola del fragmento. La mano abierta, dividida por el ojo, se colmaba de una realidad más cierta en sus mitades, sin otro nombre que su sed, sujeta a transparencia. No fui de la manzana sino su verdor, su pulpa roja con el ojo dentro. La piel posible fue la mano y no fue el fruto.

No tocará la mano el fruto, articulado en sus mitades, ciego, libre. La mano oprime lo que no toca ni sabe y sólo es verosímil en la boca: toca la densidad que cuaja en hambre. No tocará la mano el fruto oculto en su sazón, en lo que no tocará fiel ajeno al tacto. Solo en el lecho más propicio hace la mano la mirada más posible.

La mimesis del fruto en el color que le ha robado a la intemperie. Escalas tiene el ojo, y su pasión, intacta en las rugosidades de una piel que no le pertenece, es ciega. Y arde.

4

El agua, el ojo y el color, lejos de lo que impone su costumbre: ver al mirar no el fruto o su sazón, sino la posibilidad del árbol.

UNA CASA EN EL AIRE

Carlos Schwartz

1

Ya nadie engendrará a sus hijos sobre mi cabeza, y sólo el pájaro compartirá conmigo el cielo, su parte alícuota de cielo. Los imanes de la lluvia alzan su piel metálica en mis tejas y el plomo ciega en transparencia los cristales. El camino que lleva hasta mí me sobrepasa, van más allá mis pasos. La luz prendida en mi ventana es esta luz que da rigor al mundo y es condición aérea de la realidad: yo no te veo, y tú no ves que pasas, aire, por mi casa.

Miro la altura y el rigor del signo: la vida alzada a cotas verticales, la voz a vuelo en pos del aire. Miro la realidad: dentro del hueco que el rosario de mis pasos abre bajo el pie, la tierra cede a la contemplación y el mundo a su real, perpetua transparencia. Miro la traslación del signo opuesto: el árbol delatado por la luz, por el anverso de la luz. Miro en el cielo la evidencia: cuando las formas vuelven a la realidad, ingresa el aura en otra dimensión. Y crece.

La arborescencia de la forma funda el yo y lo ramifica en su sintaxis. El árbol que es más grande en copa que en raíz es el infierno, y un logos incompleto, su imposible abecedario. Vivía incrédulo y carente en el idioma, esclavo en la articulación. Pero ascendí mi propio zigurat, siempre a un espacio aún más alto. No tuve miedo a la montaña, mas creció dentro de mí como un presentimiento. Miradla ahora exenta: capaz y contenida, como un ojo, cabe en la palma de mi mano. Mi voz se deshacía con la piedra, al ritmo lento de la piedra. Fui luego el aire: su vértigo en la ascesis, su blancura en el color.

Soy de la condición del demiurgo: el dios que crea para no habitar la casa de otro ser. Pongo el alambre en pos del muro, el tiempo en lo horadado del espacio. Y crece mi semilla en el hogar. Frente a la voz atormentada de otro dios, señor del trueno incomprensible, yo soy el dios de frágil báculo que escribe estas palabras en la arena. El dios que sabe escaso el don y trágico el oficio: el trazo delimita y sólo así da vida.

De la historiada faz hacia la cúpula, por las escalas del color hacia la transparencia. Busco una casa para el ser: pongo semillas, núcleos, yemas de digitación futura en mi alambique. Una casa en el aire. Tuve cinco vocales en el tiempo del reclamo y la carencia. Pero mi cuerpo se hizo música trenzada en otras bocas. Alfa y omega: desde el umbral al patio, en la casa del ser, germina mi alfabeto.

II

PRETÉRITO IMPERFECTO

*Más antiguo que el placer del individuo
es el placer del rebaño.*

Así habló Zaratustra

Para Francisco Ferrer Lerín

ANDABAN cabizbajos, confundidos con las vetas del granito en lo más alto, rozaban al pasar el filo del espliego y las retamas, turbado el amarillo de las flores, la continuidad del verde eléctrico. El lomo era lo único que se veía de ellos, llevaban la cola muy pegada a los cuartos traseros y guardaban una distancia que les permitía recobrar, con dos o tres pasos muy rápidos, la posibilidad del vínculo. Cuando se separaba uno del resto, salía un pequeño grupo en su persecución, lo rodeaba y devolvía al descarriado a la compacidad de aquella grey indivisa. El díscolo sacudía la cabeza y se frotaba contra sus compadres con más fuerza que antes. Eran una especie gregaria, cobarde, y al caer el sol, oteaban el aire con ojos que parecían vacíos, solo llenos de las aguas del paisaje y su sumisa transparencia. Dormían muy pegados uno a otro, los mecía el pavor que sacudía a la congregación cuando chascaba una ramita de coscojo en la majada o la sombra de un ramo se multiplicaba entre otras sombras. Sabían que el pastor estaba cerca, se dejaban dirigir como un plácido rebaño por sus perros, fingían temor a ser mordidos, a sentir la vara sobre el espinazo, la pedrada en la frente limitándoles el vado. Aunque era verdad que andaban más tranquilos cuando lo veían, cuando acudía a ponerlos a cubierto en los meses de invierno, y ellos pasaban a su lado acariciándole las piernas, como un río mullido y cálido. A veces se adentraba en la masa que formaban todos juntos y elegía al que iba a ser sacrificado. Pero el miedo a su codicia no era nada comparado con el que sentían cuando había luna llena, y otra especie, no más grande, pero sí más voraz que ellos, se hacía notar con el silencio del acecho. Un estremecimiento les recorría el espinazo entonces, alzaban de repente la cabeza, miraban a la vez a todas y a ninguna parte, contenían el fragor de la garganta, el músculo indiscreto del esfínter. Sabían que no había escapatoria; que era el azar, y no el pastor con su calibrada vista, lo que decidía a cuáles de ellos atacaba y tumbaba la frenética jauría, a cuántos se comían vivos entre los estertores de una de las patas traseras, cuál quedaba a medio devorar en las proximidades de un redil que no los defendía de la sed de sangre. Iban con la cabeza gacha entre el roquedo y los abrojos, conformes con su sino de ser lobos, criados por el hombre para abastecerlo de su carne y de su piel, siempre acosados por la fiera que los codiciaba de una forma más antigua y más salvaje: el cordero sanguinario de ojos amarillos.

Cantar de los cantares

BAJABAN en ondulación, igual que el pelo suelto de una concubina, daban saltos casi imperceptibles que de lejos parecían bucles en la liberada cabellera de una reina antes de ser decapitada. Musicales, como cae un rizo sobre un pómulo, bajaban ellas temblorosas entre verdes matorrales y ciclópeas piedras y así doblaban en la mente la escalada propensión de su descenso. Nadie les silbaba el ritmo al que tenían que bajar, ningún cabrero orquestaba aquel deshielo gradual de lo más negro; solo la obstinación de las cigarras, la tarde y su declinación de imágenes, las trochas que formaban en la cordillera un laberinto. Bajaban, recubrían con su manto la extensión piramidal de la ladera por el nubio zigurat de los matojos hasta el cielo inscrito de los nombres. Bajaban en racimos bien colmados de uvas negras, derramaban el almizcle y las metáforas, retenían con las patas delanteras el precipitado peso de los montes, y el cielo inverso y vertical se alzaba ya debajo de sus barbas. Bajaban en zigzag, se hacía trizas el aroma del tomillo, el zumbido polifónico de las abejas, y ellas renunciaban a la jerarquía de los sentidos, a la contención ajena del redil o la diadema. Bajaban como indios con pelliza y pelo suelto y no empuñaban otro rifle que su sed, ni más armas afiladas que sus cuernos. Buscaban la hondonada del cañón, y las guiaba allí el pendón de polvo seco que dejaba atrás la caravana. Bajaban sin principio ni final, como una imagen en certera dimensión de que bajaban. Solo la mirada del poeta percibía en el perfil de la montaña la cadencia de animal con que vibraba el lomo de las plantas. Luego pensaba en el cabello de su amada y se lo imaginaba exactamente así, como esas cabras que bajaban ondulantes por los montes de Galaad.

VENÍAN por los campos cerealistas, silenciosos y en manada, igual que grandes dioses ancestrales; las hoces a la espalda, la barba llameando entre el rastrojo. Los vencidos surcos que pisaban anunciaban la proximidad de aguas lustrales y mañanas de rasura. El polvo en las cunetas era un hombre más, coronado de grama en su aura súbita. Venían elevados como álamos, le daban forma así y sentido a los caminos. Una estela de sombra los seguía, un destello metálico de fragua sin martillo. Las sierras se encrespaban ante ellos con el fieltro inaugural de los carrascos. Ladera arriba, hundían las miradas en el monte, los ojos verdinegros como las encinas. Allí los sorprendía la noche fiera, la ración de alcohol translúcido y el humo del cigarro. Cuando despertaban, el cielo parecía de un azul insólito después de haber pasado tantos días encorvados. Allá abajo, los vergeles se abrían para ellos con un aroma a campos de tabaco y grandes reses gemebundas. Inauguraban sus abarcas la estación nueva del año, con ellos y su paso se cumplía el rito fiel de las cosechas. Venían a recoger lo que era suyo en esta tierra, después de haber segado el fruto de otros en la tierra ingrata del jornal y el rancho sin cuchara. El pueblo se llenaba de chiquillos, de navajas y de espuma, de agua entibiada al sol y calles recién barridas para recibir la nueva mies del cuerpo erguido. Después de cada tajo diestro, la barba iba cayendo en pliegues hasta que daba con todo su mullido peso en tierra. Ellos se agarraban al asiento del barbero, cerraban tanto los ojos como los abrían los muchachos que espiaban desde la sombra el ritual de purgación sin llanto. Eran necesarios varios filos para rasurar un solo rostro; los aprendices repasaban las navajas y le daban al maestro con presteza y ceremonia la cuchilla que sustituía al hierro ya embotado en ese vello indómito y boscoso. Hombres como castillos tiritaban bajo el tibio amor de los metales; capas de polvo y sol caían con el vellocino turbio, descubrían rostros blancos de una palidez mayor que la de las enaguas. Hombres que no reconocían su mentón gentil y reluciente en el espejo se levantaban con un halo de fulgor sobre los cráneos y el aroma a menta en cada poro limpio. Hombres que, horas más tarde, cuando las huertas exhalaban su frescor, cuando la música y el vino habían puesto un poco de dulzura dentro de sus cuerpos, entraban con su ira o solo su pasión en nuestros cuerpos.

TREPABAN con el mes o con la vista, no se sabía muy bien qué ritmo las guiaba en su ascensión, si eran las ganas de colmar la primavera con aquel manto amarillo, o la mirada impuesta, prenupcial, de todos los poetas. Trepaban y dejaban descubiertos los muñones de las canchas, el cardenal de los calveros, la pluma más verde que el río de los álamos. Trepaban con un vuelo de pistilos, y el bucle de oro en la distancia hacía olvidar su deslucido empleo como escobas que barrían las cuadras, la trabazón apelmazada de lo más tupido de sus fibras en el techo de las chozas, su seca estopa para encender hogueras que desaparecía después con gesto retorcido entre los leños. Trepaban por las faldas de la sierra, y tocaban a su fin los días de contemplación para los jornaleros. Cuando las últimas tonalidades del fulgor llegaban a la cima, era la hora de escupir con tino y empuñar la hoz, doblarse mansamente hasta rozar la tierra con los codos. Ellas trepaban con la luz inaplazable que doraba los trigales, y las laderas se llenaban de cenefas de barniz y ocres sin brillo. Solo el ocioso se atrevía a imaginar dormido al mineral, con la raíz hundida bajo las primeras rocas, multiplicado en un sinfín de pliegues hasta la extensión del horizonte. Solo los curas y los caminantes contemplaban con serenidad a la resucitada, a la mujer muerta que era reivindicada por la gracia de la flor como montaña. La tarde al fin mojaba su pincel, iba ocultando los contrastes entre el vértice y las cárcavas, la abigarrada mole de pulidas formas, y ellas trepaban con una crepitación final que coronaba el pico bajo el brillo anaranjado de la luna. Mientras dormían en sus fundas de cuero el pedernal y los metales, el peregrino las unía en la imaginación con las estrellas, el sacerdote repasaba, insomne, su rosario transformado en sarta de botones amarillos, y el segador soñaba con llanuras de paja, con montañas de trigo.

APARECÍAN con un poso de culpabilidad en el azúcar, engolfadas en lo más recóndito de la talega de tergal del pan rallado, o sobre el gres immaculado de los baños. Como un baldón con patas, sorprendidas al prender la luz en la escalera del desván, huían hacia la seguridad del sótano. Aunque también aparecían en lo alto. Y allí se las veía recorrer con paso militar el puzle que quedaba a medio hacer sobre una mesa en la buhardilla, aparecían en la torre no acabada del castillo del rey loco, surcando el agua del lago, todavía por completar. Mandaban a las más valientes allá arriba, y los granos de sal cruzaban solos los tapetes, hasta que la mirada se acostumbraba al fondo oscuro y descubría que una de ellas iba acarreado la preciada pieza. A las menos agraciadas las mandaban a los árboles para carear el pulgón, la prole nutritiva y mansa. Luego bajaban por el tronco y sorteaban la pez disimulada que intentaba disuadirlas, pasaban por encima de los restos adheridos de las menos afortunadas. Todo era poco para su Alteza, la engordaban con albúmina y miga de pan en la celda más recóndita de la colonia, y allí se dedicaba a la fecundación de inúmeros soldados aguerridos con cabeza enorme y tórax rojo, ejércitos de obreras invencibles. La reina no podía moverse en su abultada majestad, y la ocultaban de la luz, de los insecticidas, de la saeta de los pájaros, del agua hirviendo que vertían con precisión adulta los chiquillos, la gelatinosa lengua de los osos hormigueros, la aspiradora que las introducía con un ruido seco en el vacío de la bolsa, una reproducción a escala de la Nada, donde las esperaba ya la araña, así mismo succionada por las fuerzas de la ingravidez para que todo comenzara una vez más desde el inicio de los tiempos.

SUBÍAN uno a uno hasta el extremo más alto del tótem, dos alas asimétricas que abriera un pájaro al final del vuelo. Al otro extremo asentaba las ancas en la tierra un animal irracional, el gran gorila que luchó contra los helicópteros por una actriz de Hollywood; el fiel galán encaramado a un rascacielos que cargaba ahora a hombros con la copia punitiva y primordial del mundo, nuevo San Cristóbal sin peana ni portal, alto y fibroso. Como los medievales se veían a sí mismos en la grupa de los clásicos, así se alzaban ellos sin perder el eje vertical de la cucaña. Uno encima de otro parecían el arca salvadora que surcaba el aire edulcorado del nuevo diluvio. Y crecía el árbol otra vez verde por dentro, saludaba a los ungidos con una perenne rama de palmera convertida en cuerno. Estaban todos en la ascesis de la evolución, el mono con su pose de estreñido, la lechuza cejijunta, el viejo oso polar sin dientes, con los ojos en dos sendas chiribitas, pobre boxeador sonado que encajaba los directos en su frente de marfil y a cuyos hombros se subía el rinoceronte blanco disfrazado de eremita. Así pensaban escapar, bien camuflados, al peligro de extinción de las especies. El cielo se le abría al fin al animal de bocas sonrientes y comportamiento estrábico, toda una bendición para el cilindro sensitivo que se acostó nogal y amaneció ciempiés. El más difícil todavía, proclamaba el jefe de pista, y entraba de puntillas el conjunto abigarrado en equilibrio encima de una bicicleta, como un gigante que padece vértigo y se aleja por instinto o precaución de cada piel de plátano. Y así, subidos uno encima de otro, parecían una versión no domesticada de los cuatro músicos de Bremen, un cuento que contaban con mayor veracidad que los hermanos Grimm, con más conciencia del tiempo pretérito, más vuelo o más caída, y un alarde de funambulismo.

MORÍAN de pie como los héroes, aferrados a algo que era suyo, y solamente suyo, entre las piedras. Habían superpoblado los sueños con sus ramas, pero los menos soñadores los talaban, arrancaban el tronco de la tierra y se asomaban asustados a aquel pozo sin fondo. Soplaban el viento, y se estremecían ellos; llegaba el agua de la lluvia y, con ella, un mal presentimiento. Pero no se quejaban cuando el hacha hundía su oxidada sed en la madera, solo un crujido leve descendía en espiral por los anillos hasta la raíz más alejada de ese centro que sufría. Morían, y moría con ellos todo un mundo por nacer entre sus hojas. Los troncos eran transformados en empalizadas, tótems, mástiles, ruda memoria de ellos mismos, reducidos a torpes cilindros que surcaban ríos sin destino y se elevaban hasta el cielo en la columna sin articular del humo. El fieltro de sus enredadas copas en los montes daba paso a aquel muñón desfigurado entre las piedras. Quedaban huellas suyas en escudos y blasones, vestigios de un mundo feliz y justo que el futuro idealizaba con la excusa de lo prescindible. La costumbre de crecer en masa aceleraba su final, caían por la absurda solidaridad que los aunaba. Y aquel que había brotado solo en lo más alto de una loma, inexplicable en su misterio y respetado solo por superstición o desconcierto, caía también, víctima del anacronismo. Con el tiempo, nadie recordaba su lección: que en el fruto se encerraba la verdad de cada uno de esos seres verticales elevado hacia la luz lleno de tibia indiferencia. Morían con el único pretexto que esgrimía aquel ejército de leñadores, carboneros, ganaderos sin honor y sin memoria. Los cortaban porque su número no les dejaba, eso decían, ver el bosque.

BAILABAN en las capas bajas de la atmósfera, blancos derviches ateridos, giraban con un movimiento igual que el de la Tierra y estallaban contra ella en una sinfonía microscópica de luces y formas que los científicos fotografiaban para ilustrar los libros escolares. Por estas imágenes, y por su origen etéreo, los más pequeños los confundían con las estrellas; pero su esencia era más pálida y más fría que la de los astros. Bailaban con el viento y, al son de músicas que solo ellos oían, buscaban devolverle el brillo evaporado a la materia. Algunas de esas formas luminosas e imperfectas revelaban bajo lentes de aumento la precisión de un éxtasis, un arrobamiento de cristales inflamados en el instante fiel del tocamiento, cuando se fundían con el ser amado y su estructura era alterada en el contacto tantas veces entrevisto. Una aureola de moléculas en danza iluminaba el hueco que ocupaban antes, y quedaba en su lugar un no sé qué de roce súbito en el aire. Los animales ofrecían el lomo y la testuz al baile agreste, jugaban a atrapar una de aquellas formas celestiales en sus fauces. Los niños deliraban y decían que oían nevar, hacían en su honor blancas estatuas que evocaban a los dioses rubicundos de nariz enrojecida y pies de barro, con una sonrisa forzada que muy pronto derretía la mano ardiente de los soles. Bailaban, descendían con delicadeza y peso de algodón, se derretían en un halo de vapor sobre las tibias lenguas encarnadas y dejaban a su paso un manto blanco inexplicable. El mundo parecía recién hecho cuando al fin se detenían, y los pasos crepitaban en la nieve.

Para Juan Almagro

MARCABAN un espacio ajeno a la tersura del paisaje, un área desbrozada de pedruscos y de cardos, dedicada en otro tiempo en exclusiva al ejercicio. Los invadía la mala hierba, nivelaba los calveros sustraídos a la naturaleza, y solo quedaban en pie a ambos extremos, como puertas abandonadas sin paredes ni dintel, arcos de entrada a un mundo para siempre perdido, los postes que delimitaban un ventanal sin redes ni cristal, pues no había nada ya que contener ni hacer añicos de un zurdazo. Se posaban sobre el palo transversal bandadas de gaviotas venidas del lado del mar, y parejas de córvidos picoteaban entre la hierba rala, venteada por la brisa en fintas que rememoraban días de festejo patronal y nueva gloria. Marcaban un espacio sin farolas y sin gradas, porque el público había sido siempre diurno y escaso, y les bastaba aquel recinto sin vallar del descampado, el tramo menos en pendiente de la era, la arena dura y negra de la playa, allí donde no se aventuraban los bañistas, y el salitre siempre sacaba los mejores guardametas. Una extensión mayor de tierra entre la hierba delataba aquellas zonas donde la batalla había sido más encarnizada, el patatal debajo de los ateridos postes, el parche junto al círculo central, que allí la grava se cobraba su peaje en codos y rodillas, el punto indómito para la azada que no cubría la cal pegada al córner. Marcaban un espacio que era un tiempo virtual, borrado ya el significado de las líneas, la extensión de la maleza antes de que el paisaje, contenido entre tres palos, silenciara su grito de guerra o auxilio.

Para Marcial Jiménez Muñoz

EMITÍAN un mugido embriagador de cuerpo noble y satisfecho. Todos a una, sumándose al runrún de las cigarras, alimentaban la canícula. Hacían vibrar sus cuatro tiempos en un tiempo primordial, y el ruido rebotaba en la cabeza de los hombres y mujeres que los conducían, como a viejas bestias sedientas, al seco lodazal del cementerio. Habían sido fabricados en serie pero ninguno repetía la misma música al latir. Lucían un brillo futurista en el metalizado de sus flancos y sus techos, aunque eran las fuerzas del pasado, los motores que habían propulsado a tres generaciones sobre el lodo, brutos utilitarios. El hangar que les servía de tránsito entre el viento de la carretera y aquel sol sin medida ni piedad del descampado se tragaba con ellos los últimos restos de una civilización que lo había dado todo por el movimiento perpetuo y sucumbía a la pretensión del inmovilismo. Le sobraban al mundo. Y les habían buscado una explanada convenientemente alejada del paisaje, negándoles así la dignidad de ser parte constitutiva de la idea del mundo. Alineados por modelos, años, marcas, cilindradas, formaban una ciudad deshabitada de perfiles rectilíneos. Un autobús la recorría al son de la voz metálica que iba anunciando nombres olvidados, enigmáticas combinaciones de letras y números fruto de la fantasía del fabricante y la ambición del publicista. Pero en el umbral anónimo que precedía a aquel desguace gigantesco, sus motores latían con una felicidad mecánica, y se alineaban en perfecta formación para así alejar el miedo a los colmillos del relente. Iban pasando de uno en uno por los puntos de control, como reses a las puertas de los mataderos, conscientes de que el fin se hallaba próximo. Habían recorrido en suave inclinación arceles, curvas y peraltes y guardaban un recuerdo de montañas en la lejanía, el olor de la benzina, cuando vibraba la palanca de cambios, colgaban los fetiches del retrovisor, movía la cabeza el perro de la parte de atrás, y en el salpicadero saltaba un tornillo perdido, o hallado, quién podía saberlo, hacía miles de kilómetros. Los esperaba un mecánico de mono immaculado a las puertas de un túnel que no albergaba luz al fondo, solo la desolación solar de lo periclito. Y allí los abandonaba el conductor con un golpecito frío y ensayado en el capó, después de llevarse consigo un enigmático manajo de papeles. Era su identidad, que ya no les hacía falta en la uniformidad del óxido y el hierro.

Para Jon Edgell

CORRÍAN porque así cumplían con su penitencia. La nueva religión de la salud exigía fieles atléticos, y ellos corrían detrás de su propia sombra, por prescripción facultativa, como forma más segura de jamás encontrarse. La grasa y el alcohol luchaban contra ellos como don Carnal contra doña Cuaresma, nuevo Libro de Buen Amor escrito sin conciencia de pecado o contrición. Vestían trajes de colores muy vistosos, calzaban borceguís alados para proteger el eje de la espalda, portaban petos y cronómetros y así salían al relente del amanecer, cruzaban el tránsito fatal que iba del sueño a la carrera sin saber que no corrían por deporte o por placer, sino por penitencia. Por recobrar el tiempo no perdido, los momentos junto al fuego, sobre el césped, la declinación fugaz de los atardeceres, cuando el mundo se cumplía en su contemplación, y ya corrían sin saberlo hasta el extremo más incandescente de sí mismos. Volvían a sus casas al caer la noche, y de sus cuerpos se elevaba un vaho tibio de deber cumplido. Aunque corrían sin ninguno de los íntimos motivos que para correr tenían sus ancestros, no los perseguía bestia alguna si no era la vejez; ninguna moza que se recogía las faldas y chillaba, recatada, huía de ellos, solo la juventud; no seguían en manada un animal huidizo y vulnerable. Galgos sin liebre en el canódromo, dibujos animados de su propia sombra, corrían por correr, o eso creían, pero así cumplían con su penitencia. Cuando por fin paraban, se estiraban con todas sus fuerzas contra el árbol, la pared, la papelera. Intentaban derrocar el mundo que con tanto esfuerzo Atlas había alzado para ellos.

BRILLABAN con el lustre inapagable del ojo de cristal y del garfio de plata. Habían sido troqueladas para justas nobles e incruentas, bien alejadas del olor a pólvora, del acompasado canto de las jarcias, lejos del escorbuto, de la sangre y del salitre; pero su maniqueísmo cromático recordaba el blanco y negro de una bandera pirata. Por no deslucir el hueso, empezaban siempre las blancas. Cruzaban como el sol el cielo de la Historia desde los ratos muertos del emperador hasta la rutinaria vida de los campeones que memorizaban los motivos persas en la trama de la alfombra. Fulgían en cafés y *kashbas*, eran el único botín que conocían los pobres, un acopio de piezas comidas tras las la densa calma que precipitaba el pensamiento. Ricos mercaderes las sacaban junto al juego de té de entre los fardos y las mantas, y brillaban entonces a la luz anaranjada de un candil. O bajo soles de justicia en polvorientos arrabales, donde los niños descalzos ensayaban su rayuela sucia de virilidad y largas derrotas. Brillaban como el único fulgor posible en tardes grises de domingo en las que el padre le enseñaba al hijo un movimiento más en la carrera de relevos que regía sus vidas; cuando la taza de café ya llevaba horas vacía, el reloj se había cansado de dar las seis, y la madre hacía punto para forrar aquel silencio que cabía entre dos piezas enfrentadas a la imagen de sí mismas en un color distinto. Brillaban como ejércitos o rebaños que se comían los unos a los otros en el campo de batalla del damero. En las celdas de los presidiarios la forma se fundía con el nombre en una síntesis secreta, la torre era la torre; la reina, un hato virginal de cigarrillos; el rey, un año de perdón; y el caballo, el par de alas para huir del angustioso espacio que lo había contenido. Su silencio significaba allí otra cosa, y el golpe maestro del final retumbaba contra las paredes encaladas con el férreo abrazo de una enorme puerta. Brillaban entonces bajo la mirada penetrante del compañero de celda y de partida, sobre las sombras rectilíneas que reproducía el uniforme a rayas, en el ojo de cristal que veía el yin y el yang en todas las casillas del tablero; en el otro, sano y pensativo, que de pronto lo miraba.

Para Mateo de Paz

DIBUJABAN trazos caprichosos con sus pasos en el patio del presidio, seguían el azaroso rumbo de sus pensamientos, se entregaban a la culpa o al perdón, bordaban bucles sin pisarse. El preso político pasaba junto al aprendiz de terrorista, el reincidente le cedía el paso al gitano vengador, los estafadores se separaban en la hora de recreo, y el camello paseaba tranquilo entre el espía y los trileros. A veces nevaba, y los guardias miraban perplejos el zigzag de sendas o llamaban al alcaide por si aquello era un mensaje cifrado para propiciar algún rescate en avioneta o helicóptero. Otras veces llovía, y el agua no podía borrar todo el rosario de senderos. Lucía el sol, y lo que habían trazado los reclusos en su hora de paseo reverberaba como un canto por la libertad entre los descascarillados muros. El político corrupto dibujaba primero mentalmente el recorrido que iban a seguir sus pasos en el patio, calculando exactamente en qué bifurcación permitiría el paso al uxoricida. Luego el cálculo resultaba erróneo, y le adelantaba un carterista por la izquierda. Desentrañaban el aparente caos de estelas en las largas noches a oscuras, intentaban comprender por qué el golpista casi se daba de bruces con el indocumentado. El fumador de hachís tenía que recular y estaba a punto de enturbiar la parábola que el butronero había hecho al pie de la pared. Solo el viraje del mafioso en el último segundo evitaba la catástrofe. A la hora del desayuno, los guardas vigilaban expectantes. Un cruce de miradas entre dos mesas podía adelantar algún boceto de lo que iba a ser la tarde. Pero los presos no levantaban nunca los ojos del tazón de leche, y el diseño de la operación se transmitía por el morse de los sorbos. Habían prohibido las llamadas, las visitas y las cartas con el fin de descubrir la simetría de los adoquines que escapaba a su poder, y la mirilla de las metralletas era solo una grosera copia de la cruz exacta que trazaban en la zona más al sol del patio el sodomita y los secuestradores con sincronizados pasos. Por fin, una mañana, los guardianes obtuvieron su contenido. Algo no salió como lo habían planeado los contrabandistas en coordinación con el falsificador de sellos, un error motivado por la edad o por el calor propició el despiste del atracador de bancos, y su lentitud desvió de su certera trayectoria al difamador. El toque de silbato retumbó en el silencio del recinto. No cabía ninguna duda: el cuatrero había tropezado con el proxeneta. Serían fusilados al amanecer. No se podía tolerar la ruptura de un orden que estaban condenados a cumplir.

VIVÍAN entre los despojos, allí comían también y le disputaban cada bocado al zopilote, a la vaca y al perro. Reses como montañas masticaban sin cesar la espuma sucia de los mundos. Cuando una hoja de lechuga se les caía de los dientes, ellos mandaban a los más pequeños a cobrarla entre las patas. Las vacas sacudían entonces la cabeza con un bufido sordo, y vibraba entre los cuernos la aureola de las moscas. Pero no atacaban al ladrón, solo levantaban la pezuña y la dejaban caer despacio por su peso bóvido, con un crujido de plástico quebrado y tierra defendida mansamente. Los perros les servían de otra forma. Un súbito ulular de canes, las babas entre los montones de cartón y trastos viejos anunciaban la presencia de la gran tajada. Los hocicos hurgaban en la carne y apartaban el cordón vermicular del sonrosado centro. El más fuerte de ellos iba entonces con un palo y recogía entre el festival de dientes la piltrafa. Trabajaban con un orden, y nadie consumía lo ganado hasta que al atardecer no se sentaban todos a tomar su única y frugal comida. Había una razón de ser en todo acto encaminado a la recolección: se sumaba cada raspa de pescado, fruta podrida o pan endurecido por el tiempo y la intemperie. Nadie podía decir que en el umbral del mundo no se vivía civilizadamente. Pero cuando los zopilotes sobrevolaban en círculos concéntricos con un chillido de ansiedad el extremo del vertedero, cuando se adivinaba en esos signos del cielo algún cadáver soterrado en la basura daban rienda suelta al apetito. En aquel festín la disputa trascendía la edad y el sexo, el tamaño y la especie, y cada cual se retiraba a devorar su parte entre los sanitarios viejos. Todo tenía un precio, cada paso entre las mondas de patata le otorgaba su sentido a aquellas vidas. Solo ellos conocían la diferencia entre el deshecho acumulado y el dintel que delataba una familia dormida en los escombros; nadie sino ellos distinguía al carroñero del humano enaltecido en su labor de zapa para el bienestar común. A la puesta del sol, cuando el metano se elevaba como un aire pulcro, irrespirable, después de la crepitación y gloria del detritus sobre sus cabezas, pentecostales, ebrios, subían al montón más alto y ocupaban su sitio en los sillones desventrados que para la ocasión habían dispuesto. Contemplaban entonces el fiel carbunclo que arrastraba toda la mitad del cielo a su paso y dejaba atrás un rastro de carmín y nubes yertas, filos que dibujaban el perfil de la ciudad en cuyas tripas habitaban y encontraban su sustento.

DABAN la vez a la recién llegada sin mirarla ni apartar la vista del jamón que les cortaba el charcutero, del pollo que el pollero les vendía por cuartos. Servidora, decían, cuando les preguntaban quién era la última. Servidoras, venidas de los turbios pueblos a servir a la ciudad, eran ya madres acrecidas cuando les tocó la vez, las grandes madres bóvidas con un recado de desconfianza para la que les cedía el turno, la sonrisa infiel del comerciante, el azafrán, la báscula. Por cada una de ellas, un hombre se asfixiaba en humo de tabaco o vino agreste, y un número indeterminado de hijos consumía aquella hacienda puesta a confiar en tantas colas. Daban la vez, la voz y el hálito. Dosificaban el amor, madres elásticas, estaban ya de pie cuando nos levantábamos y no se habían acostado aún cuando las voces se apagaban en el ágora sin asfaltar de alguna plaza. Nosotros las veíamos mirar con ojos húmedos la sierra, las oíamos llorar, secar las lágrimas con un pañuelo floreado y el respunte en la mirada de mujeres niñas, más infantiles que nosotros. Pasaron sin saberlo de la familiaridad del cerdo y las gallinas al horrendo piso sin jardín de los desarrollismos. Sin comerlo ni beberlo, ajenas a los estertores del Caudillo y al humo gris de las revoluciones, nutriendo su caudal de brumas, felices si su hijo iba mejor en el colegio y había venido al mundo a redimir las de estos lodos y de aquellos mocos. Las vimos en fotografías, vestidas de blanco, sin mantilla, peinadas para la ocasión con grandes bucles estivales, sentadas a la mesa que presidimos en nuestra primera comunión, también la última. La creencia de esas madres fue la sangre umbilical que nos legaron y se evaporaba pronto con la ausencia de los padres el domingo en misa. Ellas seguían pidiéndole al Señor un piso con dos baños, una hija con dos sueldos, un coche más grande para poder llevar los muebles viejos a los pueblos en un trasiego parecido al del dinero que enviaban sin tocar a casa, virgen como ellas para la cumplida noche con punción del matrimonio. Vírgenes, heridas, incommensurables madres que mojaban pan en ese pus frugal de la nostalgia y lo hacían todo por nosotros, sin nosotros, hijos escuálidos de la industrialización con dientes grises. Nunca llegaron a tener el pelo blanco. Se las llevaba antes el luto por el padre, por el hijo, el luto pródigo, interior, por el Espíritu Santo. Eran ya madres antes o después de tiempo, y se las llevaba el mismo tiempo, la vez que daban a la que venía detrás con un reclamo de justicia para todos los vencidos de la Historia.

PENSABAN en blanco y negro, como alegres bestezuelas ciegas. Habían abierto los ojos nada más nacer y distinguían los respaldos de la luz por sus contornos. El mundo era benigno para ellos, no había otra posibilidad en sus pequeñas mentes virginales. Iban despertando de un gran sueño de blancas tinieblas: los contornos, las aristas, las tersuras, los sonidos, los aromas, todo se pegaba como un recuerdo a la gelatinosa dimensión de sus cerebros. Y ellos respondían con un monosílabo de asombro, un pliegue más en sus naturalezas ávidas de forma y piel. Los poetas escribían nanas para adormecerlos, para silenciar con música y palabras su conciencia. Por eso, cuando despertaban, exigían que los escucharan en la lengua universal del llanto; pero las madres les daban la teta. Dilapidaban su poder en el aprendizaje de rutinas compartimentadas y lenguajes arbitrarios, y mordían la mano que los alimentaba pero jamás los entendía en cuanto entraban en el salón de los espejos de la adolescencia. Nunca perdonaban la impericia que los alejaba con la edad de aquel feliz origen. Llevaban a la espalda sus estigmas, la forma en que intuían el perfil del mundo, la mirada dióptrica que les ocultaba los seres y las cosas. Todos regresaban luego al huertecillo imaginado de la infancia y creían ver enanos en la base erosionada de las piedras y se pinchaban con las zarzas florecidas. A todos los llevaban un buen día a ver el mar. Pero a ninguno le decían la verdad, que eran los destronados por el mismo edicto que los proclamaba. Hijos de un acto puro y gratuito, no contemplaban el anhelo o la nostalgia cuando hablaban del futuro. Eran tan altos como las montañas. Rompían maleficios al nacer. La teoría del color se había inventado para ellos.

ENTRABAN luego en otra dimensión, en otro tibio reino sin medida. Allí reproducían los sueños que teníamos de ellos y nos alargaban la vida con un eco tenebroso de cráneos vacíos. Volvían a la tierra en fríos cajones de madera, se fundían con lo más sutil del aire en la sublimación de lo que fue su cuerpo, contaban estrellas desde lechos de ramas trenzados en las copas de los árboles, felices, con la cabellera intacta; dormían en capullos de algodón como muñecas rusas; pasaban, a bordo de grandes piras en llamas, debajo de los palios y los puentes, flotaban desmembrados en la espesa grasa humana de los ríos. Dejaban atrás la conmoción y el llanto, el arañazo como sello sobre carne ajena, el pelo en la florida palidez de la desgarradura, la camisa hecha jirones por su aciago casamiento, el hoyo impróvido y final, un ágape de caras largas y funesto vino. A veces llevábamos un brazalete para recordarlos, o nos vestíamos de negro para no olvidarlos y no probábamos ya más el agua fresca en conmemoración del rojo vivo de sus bocas. Pero era inútil, ellos eran por definición lo que no era. Ardía en su memoria el fuego de la Tierra, altas columnas de humo sin cesar los proclamaban, una secreta densidad del aire los llevaba noche adentro hasta poblar con sus jazmines el futuro. Todo era suyo y no tenían nada, se sumaba su presencia a nuestro tiempo dilatado, y lo dejaban tal como lo habían recibido, superpoblado, intacto. Los buscábamos entre los surcos, en el brocal de espuma que anunciaba cada ola, entre la nieve que jugaba a hacer más grande nuestro mundo, debajo de la enzima y la raíz, cuerpo infinito. Las cosas que dejaban a su paso no los recordaban. Los dedos que besaron les cerraban los ojos abiertos. Y entraban luego en otro mundo sin final, los muertos.

Séneca, *Carta moral a Lucilio LXI*

ACABABAN de querer lo que querían y de viejos procuraban rechazar las cosas que quisieron de pequeños. Se fundían en el aire de la tarde unos con otros como formación rocosa, hacían ya gala en su final de aquel motor que los había llevado en andas por la vida, aquel oráculo sin fe del estoicismo. La sombra que su miedo proyectaba sobre ellos los cubría de gloria. Eran en pie posibles como catedrales. Sabían que morir era una forma de coherencia, un broche que realzaba lo perfecto de sus vidas. La senda fue plomada y la pasión fue pensamiento, así pusieron fin a sus inveterados males. Se esforzaban por que cada uno de sus días encerrara en sí toda una vida con un broche de lacre en el que se pudiera ver a contraluz la fecha y la inicial de un nombre. No se aferraban a cada amanecer como si fuera el último, pero ese día ardiente en demasía, eterno de la noche al día, lo vivían como si pudiera ser el último. Eternidades de la luz los alumbraban. Y en su ánimo vivían pensando que los llamaría la muerte a cada paso; dispuestos a partir, gozaban de este mundo sin pararse a precisar su duración en el futuro. Antes se preparaban para la muerte que para la vida. La vida andaba bien provista y para qué buscarle, así pensaban, a su vez más provisiones. Les parecía que les faltaba algo, y siempre les faltaba ya que no era el tiempo sino el alma lo que hacía que vivieran lo bastante. Eran ejemplo para todos y aguardaban la hora última saciados de vivir. Los libros escolares ilustraban la conjugación del verbo, o la cansada música de las declinaciones, con la reproducción de la pileta en la que agonizaban ellos sumergidos en su propia sangre. Acababan dando forma así a la estampa viva y perdurable del suicida. Cuando en realidad solo asediaban a la muerte con la vida.

*el amigo cuchillo, el homicida
de Numancia será, y será su vida*

Miguel de Cervantes

CAÍAN como ramas de los árboles, se multiplicaban una sobre otra hasta doscientas veces en cruel reguero de alianzas. Habría sido más fácil matarlos a ellos, separar cada cabeza de su cuerpo; pero el castigo se cebaba con las manos, porque mutilar así a los jóvenes servía para prevenir la floración del puño y su promesa incierta. Se las cortaban por pensar que era posible resistir, vencer al miedo con la audacia. Los delataron los más viejos, temerosos del posible castigo para toda la comunidad por aquel afán de gloria. No habría piedad tampoco para ellos, Roma no pagaba a los traidores. Y un hombre se lo decía a sí mismo mientras lo miraba todo desde el promontorio en el que había mandado levantar el campamento. Lo veía todo, iba contando dedos por el suelo, formas arracimadas que seguían moviéndose sobre la hierba rala de aquel páramo y asían el aire con el estertor reflejo de una vana esperanza. Cuando la cifra se cerró con un sonoro número redondo, el hombre entró en su tienda de campaña. Era la hora de esperar, de seguir esperando. La ciudad sitiada se reflejaba en su pupila como un grano de arena. Así rompían los brotes de resistencia el perfil del horizonte, la tersura del imperio. La piedra no conoce la derrota, solo la intemperie. El general pensaba en alto, y desde las murallas, alguien le leía el pensamiento, contemplaba su tienda de campaña, el mundo que venía a devorar su mundo con estrépito y paciencia. Una mirada esculpía otra mirada en la distancia, perfilaba el aire, daba forma al odio con el molde de la indiferencia. La flor inmarcesible de la libertad se erguía frente a la voluntad hipnótica. Uno defendía su patria y la idea de su patria, un tiempo sin medida en el espacio; otro, el manzanal intonso de la Historia. Uno sería recordado apenas por su nombre, el del caudillo intransigente que salvó los dedos y perdió su reino, el héroe de manos intactas. Otro administró su gloria en continentes, decapitó las torres y los elefantes, se labró su fama de estrategia contra efímeros caudillos de provincias y sentó las bases, los planos y los precedentes para que el futuro construyera en la escampada de su asedio un polígono industrial con zonas verdes y Ciudad del Medio Ambiente, una contribución sin duda valiosa para el desarrollo sostenible de la zona. Y una nueva victoria.

Para las Indias he escrito cuatro veces, que se va el armada.

Teresa de Jesús

QUEDABAN una junto a la otra a un lado del camino, inclinadas contra la grava y los abrojos, acumulando un polvo que ella se sacudiría después con gesto de desprecio. O eso decían las malas lenguas en Castilla, aquella tierra austera y vertical como el callado verbo del Altísimo. Llevaban la buena nueva de la fundación a iglesias y conventos, se extendían por todo el orbe como una alfombra articulada y coriácea, eran el puente que unía lo ideal con lo posible, el paso humilde de los ciegos. La piel más blanca, reblandecida en celdas por la luz de un ventanuco estrecho y sahumada con el vaho dulce del incienso, se curtía entre sus tiras, padecía aquel amor sin desbastar del cuero, encallecía mientras ella atravesaba el páramo cainita de tantas Españas. El rito del lavapiés tenía sentido entonces, cuando en un balde de latón el ser era purificado y grandes costras de reseco barro enfangaban la pulcritud del agua. Su dueña abandonaba luego el mundo y las dejaba allí, junto al camino, como el deshecho de la *troupe* cuando acababa una *road movie*. O como improvisado relicario, un muladar de suelas desgastadas, sayos incendiados, tumefactas vendas olorosas, el detritus que dejan los santos y la feligresía guarda en el altar. Eso quedó de una mujer que conoció los despoblados de la descreencia. Sobre ellas se elevó, a fuerza de voluntad y besos de cilicio, hasta alcanzar una visión del ídolo de tres cabezas, su verdad enhiesta como roja flor, lo más sagrado de su ofrecimiento, la vena hinchada de su petrificada forma. Sobre ellas se puso de puntillas para ver a Dios y luego las abandonó en la peregrinación hacia lo más lejano de sí misma. Así quedaban, al borde del camino, una junto a la otra, una más inclinada que la otra, y señalaban el mar, la puerta abierta a mil Américas, el portalón cerrado a cal y canto del infierno.

COLMABAN una red de oscuras celdas. Los llamaban a filas dos veces, una para defender la idea de la patria que al final fue derrotada, otra para rellenar los nichos de los vencedores. Como un cuerpo sodomizado por todos sus orificios. Hacían falta féretros para la galería central, el Régimen empleaba todas sus fuerzas en la terminación de un laberinto mortuario digno de Piranesi, y había que sacar los muertos de debajo de las piedras. Por si no habían caído suficientes de los suyos, de los que había hecho suyos a golpes de silbato, miedo y geografía, de los que no eran suyos pero podían servir en aquel trance para serlo. Era mejor desenterrarlos de fosas comunes, tal y como aconsejaba un ministro con sagacidad de viejo general, porque así se saltaban oficialmente uno de los enterramientos. Colmar los nichos, no con muertos, le resumía su ayuda de cámara al Caudillo, sino con desaparecidos. Un filósofo sumiso pensó escribir sobre esa aporía, todo un sindióis ontológico, tal y como lo llamó cuando lo expuso en la tertulia del café, pero no había tiempo para respuestas, y empezaron a buscar muertos ajenos no comprometedores. Algún poeta afín al Movimiento quiso decir lo que pensaba, no ya escribirlo, contarle a alguien con más influencia en las altas esferas que rellenar las celdas de otra cosa que los propios caídos era subvertir, si no la función, al menos la legitimidad del gigantesco túmulo. Pero no había tiempo para glosas ni para sonetos y urgía dar con un número significativo de cadáveres. El motivo de la muerte daba igual, aunque las circunstancias trágicas que acababa de atravesar el país garantizaban carne de cañón para emplastar cientos de cámaras. Los enterradores no acababan de entender su nuevo oficio, los camioneros miraban por el espejo retrovisor por si caía al suelo alguno todavía vivo, las ratas no sabían con certeza qué mordían al morder, los frailes bendecían a todos por igual, hijos de Dios en el subsuelo igualador de aquel enorme pudridero, las familias trasladaban su dolor indocumentado como una triste caravana de gitanos, y la cruz seguía diciendo que tenía razón con un eco granítico entre los nevados picos. Cuando quedó completo el suficiente número de nichos, el monumento fue por fin inaugurado. Solo faltaba por colmar la tumba principal. Y desde aquel instante, los que conocían el secreto miraban con ojos recelosos al Generalísimo; porque, si habían metido en las oscuras celdas a los muertos que no eran, ¿quién podía asegurar que lo enterrado un día bajo el altar fueran sus generales huesos y no otros?

BORRABAN el contorno hasta sentir lo manco. Lo tuerto. Lo cojo de un pasado inmemorable, inquieto. Brochas de cerdas afiladas esculpían la verdad de forma inversa para hacer surgir un cráneo acribillado, un omóplato partido, los puños apretados de dos fémures. Borraban el perfil de lo que fue la Historia, y los libros se quedaban obsoletos, nadie nació cuando decía que había nacido, nadie murió de muerte natural o hastío de vivir, no había ya surcos, alamedas, alquitrán igualador, pactos de silencio. Como una silla que se hiciera un tajo, o un gato de tres patas que cazara más ratones con el rabo. Ellos borraban, y quedaba expuesta una vitrina sin cristal, un cúmulo rectangular de huesos abrazados por el barro en frenesí de grumos y raíces. El espectáculo recordaba las primeras instalaciones de algún artista que defendía la paz acumulando los enseres inservibles de la guerra, pero estos huesos eran de verdad. Quizá por eso respetaban las aristas de una fosa que se convertía en altar. Igual que el alma toma la forma del cuerpo, el medio proclama lo que fue su fin, y el genio del filósofo grita eureka porque ve que el continente era también el contenido. Borraban los perfiles por puro interés científico, sin ánimo de venganza, como restauradores de algún trámite insepulto. Habían sido instruidos por orfebres y le aplicaban el formol preciso de la luz a la memoria. Eran llamados si el agricultor pinchaba en hueso, si la reja del arado arremetía contra algo más irreductible que una tierra endurecida a golpe de martillo, si en la mina florecía una veta más densa que el metal precioso. Cuando acababan su trabajo, no salían en las fotos, colgaban las botas de goma, el mono y el buril y abandonaban la furtiva luz del descampado. Era el momento de hacer cola para que los nietos vieran al abuelo fusilado, los hijos conocieran al padre desaparecido, al tío laminado entre dulces vetas de piritita, para que recordaran lo no visto los más viejos. Borraban el silencio, cualquier aspiración inútil a la idea de vacío, emborronaban el blanco ficticio de los anaqueles, la profiláctica compartimentación de los estantes, entraban con un súbito perfume en las enmohecidas páginas de todos los archivos, le daban a la tierra ahíta de cadáveres la voz que les negó, con el sepulcro, la evidencia: la certeza de que ellos también, alguna vez, habían estado vivos.

Heron and Crane, película de dibujos animados de YURI NORSTEIN

VOLABAN del nido de una al de la otra y así se proponían en postergado matrimonio. Todo empezó cuando la grulla se fijó en la garza, con su cuello almidonado en un gran signo de interrogación que terminaba en pico, y decidió cruzar el parque y permitirle el privilegio de una unión con los más altos. Pero la garza era orgullosa y dijo que no. Luego tembló al ver cómo la grulla iba de vuelta hasta su nido, pensó en tardes interminables junto al pabellón abandonado, innumerables tardes solitarias, y salió tras los pasos que la grulla había desandado. El recorrido era más largo, una mujer normalmente nunca descendía a tanto, no se hincaba de rodillas con un ramo de flores bajo el ala frente a nido ajeno para preguntar: ¿Quería casarse usted conmigo, señor grulla? Así pasaban varios vuelos, cambiaba el fondo de jardín abandonado, llovía inmaculadamente, una luz más gris iba anunciando el preterido invierno. La música de fondo recordaba a Shostakóvich, un compositor investigado por el Régimen pero muy querido por el pueblo. La historia era en dibujos animados, la exportaban, como el socialismo, a todos los países comunistas. La veían rusos y mongoles, tirios y cubanos. Al final, después de muchas idas y venidas, de muchos ruegos, negativas y desplantes, era acordado un simulacro de cortejo. Pero era inútil. Niños con frío, niños con miedo, niños con hambre comprendían que era imposible contemplar dos totalitarismos en la misma historia. Luego crecían hasta darse cuenta de que todo el carrusel de formas era mezcla. También los grandes nombres y sus fatuos aires. Ellas iban del nido de una al de la otra pero el escenario no cambiaba nunca, era un paisaje de ruinas con fragmentos de edificios y lianas y el humo abrasador que destiló la guerra. Leche en polvo, rebanadas de pan blanco como nubes, tomate en lata, recalentados guisos y el tibio samovar de los afectos. Todo chocaba con el frenesí de gatos y ratones que exportaba la otra gran potencia. Era la guerra fría, de la necesidad hacían virtud, el movimiento imperaba sobre el fondo fiel del estatismo, y la risa se mudaba en lágrimas al ver el decorado tras los semovientes pájaros. Se hacía de noche al otro lado del telón de acero. Llovía sin aviso y sin medida en el Caribe. Los niños aprendían a dudar de lo que no eran tonos grises. Y la televisión ardía en blanco y negro.

AGUARDABAN la llegada de su dios como un segundo advenimiento. Les habían prometido su venida en un futuro que se imaginaban próximo, todos creían que serían ellos los primeros y los únicos que lo verían, y animaba cada día sus acciones la esperanza. Pero fueron pereciendo los primeros y, tras un momento de ira al ver tantas promesas incumplidas, gozaban de una paz fulgente en sus pupilas con la resignación del tiempo por venir que les pertenecería, ya muertos. El último fulgor de aquella llama consumía las generaciones en una gran bola de fuego que, por extensión o simple desespero, ellos llamaron parusía, cuando querían decir aparición, presencia sin demora y sin consuelo. El tiempo no llegaba o se iba cumpliendo a cada instante mientras aguardaban. Otros también esperaban, y la compartimentación en los distintos modos de creer en el futuro dividía los barrios entre los que aguardaban su venida como una forma universal de restitución y ocupaban el erial bajo la almena; los que esperaban que viniera abrasador, racista, vengativo, y erigieron sus oscuras casas junto al río; los que no podían esperar ya más y se arrojaban a la zarza que ardía a la puerta de los arrabales, confundiendo el humo con la salvación, y la ceniza, con el horizonte. Eran lo opuesto de la vida y los llamaron mártires. Enormes piedras y sillares proyectaban sobre el mundo aquella sombra de anticipación y muerte, la casa del dios daba la espalda a la realidad, y en una ojiva de su vuelo, detrás de la vidriera que calló la voz del mundo, culminaba en incontables torres blancas y tronantes, oscuro laberinto entretejido por el mismo dios para encerrar en formas poliédricas su luz y su silencio. Ellos esperaban su venida como un segundo y monstruoso advenimiento. Y su dios, bajo la forma de un enorme saurio y variada arquitectura, sobre los arcos ciegos de la inmediatez, ardía sin principio ni final y esperaba a derretirse hasta que el más longevo de ellos pereciera dentro de su estómago.

Para Antonio Méndez Rubio

CONTABAN desde el dos al tres o desde el tres al cuatro, y el horizonte giraba despacio. Contaban desde el seis al siete, desde el siete al ocho, del abedul, al pájaro mocho. Contaban desde el nueve al diez y desde el diez al trece, a la luz de la luna, por la paz de los peces. Contaban del catorce al quince y desde el quince al veinte, veían el rayo púrpura, veían el rayo verde. Contaban desde el veinte al veinticinco, desde el veintiséis al treinta, y tiraban al mar una botella. Contaban desde el treinta y uno hasta el treinta y dos, del treinta y dos al treinta y cinco, por el beso de Judas, por los clavos de Cristo. Contaban desde el treinta y siete hasta el cuarenta y del cuarenta y uno hasta el cuarenta y dos, con un poso de angustia, con un hilo de voz. Contaban del cuarenta y dos hasta el cuarenta y tres, desde el cuarenta y tres hasta el cuarenta y seis, por barrancos y playas, con pereza y sin fe. Contaban del cuarenta y siete hasta el cuarenta y nueve, del cincuenta hasta el cincuenta y uno, por cabañas y cuevas, cobertizos y zulos. Contaban del cincuenta y uno hasta el cincuenta y dos y del cincuenta y dos hasta el cincuenta y tres, sin contar que contaban, por contar otra vez. Contaban del cincuenta y siete hasta el sesenta y dos, desde el sesenta y tres hasta el sesenta y nueve, y se daban la vuelta, satisfechos, alevés. Contaban del setenta hasta el setenta y dos, desde el setenta y tres hasta el setenta y cinco, por las bodas de plata, las de oro y platino. Contaban del setenta y siete hasta el setenta y nueve y del ochenta hasta el ochenta y tres, porque un número impar se pegaba a sus pies. Contaban del ochenta y cinco hasta el ochenta y ocho, desde el ochenta y nueve hasta el noventa y dos, sobre muros de piedra, bajo torres de arroz. Contaban del noventa y tres hasta el noventa y cuatro, del noventa y seis hasta el noventa y nueve, por la vida tan larga y la muerte tan breve. Contaban ya de diez en diez y hasta de ciento en ciento, por saberse más vivos y no verse tan muertos.

TOSÍAN al compás de otras más acordadas músicas, sin percibir siquiera que tosían, como una forma no sutil de paz en el aliento. Tosían entre pieza y pieza, o aprovechaban que el chelista pellizcaba con un ruido seco alguna de las cuerdas; hacían gárgaras bajo el ensordecedor clarín de las trompetas, y carraspeaban para liberar las flemas de su red de arpegios cuando la flautista daba un nuevo ataque al do sin esconder la pausa en la respiración. Tosían con culposo repicar de la conciencia; o tosían sin conciencia o dignidad de que tosían, sin tener siquiera ganas, solo para confirmar su insólita presencia allí, contra la calma impuesta del silencio. Tosían con un tenue tempo musical; y, no sin ritmo, acompasaban el picor de sus gargantas con taimada percusión rebelde, hasta que la tos se contagiaba como síntoma animal de sus bostezos, como la soterrada repulsión a tanta música negada, cansados del caudal de acordes y perdido ya el motivo que les silenciaba el aire concentrado en los pulmones, felices de encontrar de nuevo el estertor previo al lenguaje. Tosían con la tos pegada al cuerpo y hacían pantalla con el puño por instinto, o doblaban el programa de mano a modo de megáfono los más leídos, sin siquiera sospechar por qué tosían. Los músicos y los comentaristas de la transmisión por radio les recriminaban su tenaz conducta, hablaban de decoro, de civilizada humanidad, de la necesaria y siempre postergada educación musical para la grey mientras invocaban con un deje melancólico en la voz a los respetuosos públicos de Europa. Pero la tos se transmitía de mano en mano por los auditorios, como moneda de sublevación y contrapunto al inhumano aire pulido de la música.

SALÍAN de cuadros prerrafaelistas, abandonaban tratados de amor medievales, frescos esculpidos sobre el flanco de sepulcros en los que una secuencia de caza las había contenido brevemente, saltaban de retratos del siglo diecinueve para los que habían posado sin vocación ni peso, se quitaban los trajes de piedra de deidades primitivas, puras en la luz del ideal y púdicas sin ser novicias, bajaban de los pedestales, de las ménsulas, de enormes carruajes que tiraban ristras de corceles blancos, de caballos de gran grupa adivinada bajo capas de vellón o terciopelo, caían a su paso blondas de satén como cae un hombre, afelpados cuerpos que ellas dejaban atrás en su camino por largos pasillos en penumbra, volaban de una almena como un pájaro en fragor de plumas, se elevaban de blanquísimos lechos de holanda, descorrían velos y dinteles, emergían de pulidas superficies con el pelo ensortijado de plantas acuáticas, y un rosario de perlas descendía por su piel, se abrían párpados de nácar de los que brotaban ellas con una mirada lánguida, vaporosas al abandonar un lecho humilde de prensado heno, una fenomenal cama de helechos, eran el fruto dentro de la cáscara, la larva que contiene en su interior la vida, poblaban las miniadas letras capitales de libros antiguos para así saltar de su interior como un alegre pensamiento, crujían si el escoplo se acercaba demasiado a su epidermis al tajar el mármol, echaban a correr en el momento exacto en el que el escultor había concebido la figura que albergaba la madera, surgían del aliento de los peces, del lomo tibio de los animales, del hálito inaudible de las plantas, abandonaban múltiples moradas fugitivas para así colmar los ojos encendidos que las contemplaban muy abiertos como a diosas irreales. Al fin, les parecía, era verdad, la muerte iba hacia ellos.

EPÍLOGO

Para Begonya Pozo Sánchez

ESCRIBÍAN su nombre con los trazos ilegibles del que se pasa la vida dedicado a la prestigiosa esgrima de la versificación, firmaba cada uno con su pluma o su bolígrafo, renunciaban a la uniformidad que habría podido darle al acto el rotulador en manos de la presidenta del jurado, una joven profesora universitaria. Miraban de reojo al que escribía, cruzaban los dedos para que la estilográfica del vecino no tuviera tinta, trazara líneas más delgadas, menos firmes que la propia; o se embotara en una verdugada del papel con un chasquido de impotencia. Escribían su nombre con la convicción de que no quedaría nada más de todos ellos. El poeta maduro de modales exquisitos y patricios empuñaba su péñola cromada en oro, inauguraba el baile dieciochesco con sonora rúbrica. Seguía el editor con su bolígrafo de punta fina y le pasaba luego el acta al que tenía a su derecha, un catedrático informalmente vestido para la ocasión que ponía su firma con la pluma de las grandes ocasiones. El escritor de moda, parapetado detrás de su cuaderno de diseño y la estilográfica a juego, temeroso de enseñar la delgada y apretada efigie de su letra, firmaba con un medio gesto de zocato que impedía ver lo escrito, contemplaba luego con orgullo que su nombre en el papel no era más corto o menos nítido. Todos hallaban en la firma del otro un pequeño motivo para la sorpresa. La presidenta del jurado firmaba la última, con seguridad, estampaba los breves vuelos de una sola letra que la definía a la perfección, con su pequeño centro rococó y dos alas abiertas como una vitola. Después quedaban de repente mudos y turbados, conscientes de que el fallo al que habían acudido desde los cuatro puntos cardinales a los que los exiliaba, eso decían, la ignorancia de un país disperso y montañoso concluía con aquella danza de tirabuzones y pespuntos a tres tintas. Entonces uno recordó premios que había ganado, jurados previos de mayor calado en el debate; otro recomendó con insistencia el aumento de la dotación; un tercero habló de editoriales con mayor prestigio para la publicación del manuscrito ganador; otro llegó a decir que nada era exagerado para dignificar al poeta fallecido cuyo nombre había inspirado aquel certamen; otro, en fin, quiso abrir por curiosidad el resto de las plicas, y la joven se negó desde la autoridad, eso decía, que ostentaba como presidenta. Entraron con alivio o con desgana en el salón

climatizado de los modos y las formas literarias, guardaron sus bolígrafos y plumas como escribas cansados y bebieron agua de botellas que la organización del premio había dispuesto encima de la mesa. Carraspearon con incomodidad por el silencio que se había creado después de notar el agua súbita en la boca; quizá sintieron una mezcla parecida de reconocimiento y pena por el ganador. Dueños de un tiempo pretérito asolado, imperfecto, dos mil años de estupor inexpresable en la memoria de la especie, no olvidaban los signos estampados en un trozo de papel que daba la bienvenida al nuevo miembro a su selecto club y confirmaba algo más íntimo, que aquellos trazos ilegibles no podían mentir, y que eran ellos en el fin del mundo los ungidos, los salvados, los poetas.

APÉNDICE

TRES POEMAS EN VERSO

LA LAVANDERA (1995)

Para María Casas

La lavandera,
pasito dentro,
pasito fuera,
cruza la acequia
como si fuera
la perseguida,
la mensajera.

No tiene prisa,
si la tuviera,
no habría paje
ni petirrojo
que la siguiera,
pasito dentro,
pasito fuera.

El agua ha huido
por el umbral de
la regadera,
y el lodo brilla
como si fuera
un mapamundi
sobre una esfera.

Sola en el fondo
de la bañera,
su pluma blanca,
su timonera,
mueve sin prisa
la lavandera,
pasito dentro,
pasito fuera.

Agua que fue,
agua que fuera,
qué manantiales
o qué quimera
busca en el lodo
la lavandera,
pasito dentro,
pasito fuera.

PROFUNDO CARMESÍ (1996)

Amor, hemos estado antes aquí,
¿no lo recuerdas, no te dicen nada
las luces de los barcos, la ensenada
dormida en su profundo carmesí?

En esta habitación, amor, nací
en otro atardecer bajo tu almohada,
aquí crecí, crecí, fui la llamada
al culto del Amor, amor, por ti.

¿Te acuerdas ahora, amor, hacía frío,
quizá calor, amor, y qué más daba
la luz de enero, amor, el viento del estío?

La luz de enero, amor, y qué importaba
que fuera todo un sueño, un desvarío,
si yo te amaba, amor, si yo te amaba

CÉSAR VALLEJO (1997)

Viene mi hermano con su sonajero
de cuero en los testículos.

Viene mi hermano con su pelo, con su lluvia,
su traje lleno de bolsillos.

Viene mi hermano con sus pechos
mordidos y con sus antípodas.

Viene mi hermano con su espejo,
con hambre y sed gemelas.

Viene mi hermano con la piel
tendida y negra como un tímpano.

Viene mi hermano con sus ojos
de nácar y barbaridades.

Viene mi hermano con su anillo,
su gesto y su cayado.

Viene mi hermano con su verbo
labrado en obsidiana.

Viene mi hermano con su deuda
cumplida e impagable.

Viene mi hermano con la mano
tendida y se la arranco.

Viene mi hermano con sus húmeros
en cruz, signo indecible.